



AÑO 4. — No. 39. — TOMO 4.  
NOVIEMBRE DE 1941.

#### Recolección.

Así llamó el poeta, Pbro. Luis E. Henríquez, a los hermosos días en que los antiguos y actuales alumnos del Seminario Interdiocesano festejaron el XXV Aniversario del establecimiento de los profesores jesuitas:

Aquí los llamaste, manojito de trigo  
Crecieron y ganaron a su calor amigo  
Y hoy se entonan los cantos de la recolección

Profesores del tiempo viejo y del presente, Obispos, Prelados, párrocos, sacerdotes, seminaristas próximos a la ordenación sacerdotal y gramáticos aspirantes a la sotana de clérigo, todos vivieron la común alegría de cantos, actos litúrgicos, competiciones deportivas y del agape familiar de los días 30 y 31 de Octubre en la altiva casona de la Sabana del Blanco. Venerables párrocos de la capital y Secretarios de las curias episcopales batearon en el campo de basse ball y corrieron el diamante con la alegría, aunque desgraciadamente no con la agilidad de tiempos pasados, de tiempos mejores.... decían ellos... porque a nuestro parecer todo tiempo pasado fué mejor!

La iniciativa de las fiestas correspondió a los actuales alumnos del Seminario, que dieron realidad y forma a múltiples insinuaciones partidas de los antiguos alumnos. La más respetable, la del Excmo. Sr. Obispo de Valencia, Mons. Dr. Gregorio Adam, que en su magnífica Pastoral sobre las vocaciones sacerdotales y los seminarios diocesanos había aludido a la fecha jubilar de la llegada de los profesores jesuitas al Seminario Interdiocesano, con expresiones particularmente emotivas, al evocar el nombre del P. Miguel Montoya.

#### El P. Montoya.

Fué un acierto de los Superiores de la Compañía el invitar al P. Miguel Montoya a las fiestas jubilares del Seminario Interdiocesano.

El P. Montoya es el primer jesuita que se estableció en Caracas, después de la expulsión de Carlos III en 1767. Con el llorado P. Evaristo Ipiñazar y le H. José Eceiza formó en 1916 la primera comunidad jesuitica en el Seminario Metropolitano de Caracas.

Muchos caraqueños evocan aún con cariño el fecundo apostolado del P. Montoya en la ciudad por los años de 1916-1919, sobre todo en los días angustiosos de la peste de la gripe, ocasión en que su férrea complexión resistió al contagio a pe-

**Fiestas  
Jubilares**

sar de haberse multiplicado en la asistencia a los apestados. Entonces brotaron también a su conjuro, los primeros ensayos de la meritísima Sociedad Santificadora del Hogar, que bajo la dirección del P. Odriozola llegó recientemente a los 10.000 matrimonios realizados en Caracas.

La presencia del P. Montoya en el Seminario Interdiocesano ha impreso a las fiestas bilabres una viva sensación de regocijo familiar. Todos los oradores de los actos literarios, con que los antiguos y actuales alumnos del Seminario festejaron a sus profesores jesuitas, tuvieron una alusión cariñosa para el anciano intrépido y viril, a quien ni la fuerza de los años, ni la dura labor evangelizadora en las calcinadas riberas del Magdalena han podido borrar la actitud altiva y conquistadora, la voz estentorea y el gesto imperioso y categórico de sus mejores días de brillantísimo orador sagrado.

#### Actos religiosos.

Un artístico programa, cuya primera y última página ofrecían en un fondo diluido el escudo y la silueta del Seminario, anunciaba para el día 30 de Octubre una Misa de comunión, celebrada por Mons. Lucas G. Castillo, Arzobispo Coadjutor de Caracas, una solemne Misa Pontifical, oficiada por el Sr. Nuncio de S. S. en Venezuela. Para el día 31, Misa de Requiem y Solemne Responso, actuando Mons. Rincón González, Arzobispo de Caracas.

Estos actos revistieron una solemnidad excepcional, actuando en el altar antiguos alumnos del Seminario, en el coro la Schola Cantorum bajo la batuta del P. Salcedo y honrando el prebiterio una brillante corona de Prelados, Monseñores, párocos, religiosos de diversas órdenes y antiguos alumnos.

El día 1º de Noviembre se coronaron los actos religiosos con la ordenación del alumno Sr. Guillermo Alterio, por su Obispo Mons. Gregorio Adam, que dirigió con esta ocasión una sentida y conmovedora plática a los seminaristas con afectuosas frases para los profesores de la Compañía de Jesús.

Lápida conmemorativa. El día 30, al terminar la Misa Pontifical, el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad bendijo los nuevos locales del Seminario Menor, construídos, a lo largo del curso 1940-41, gracias a la generosidad de Mons. Lucas G. Castillo. Forman un martillo en torno a la capilla, extendiéndose hacia el extremo norte de la Enfermería. Se han habilitado sesenta cuartos individuales, treinta duchas, un magnífico patio cubierto, que estos mismos días se utilizará como espléndido salón de actos.

A las 11 y media a. m., frente al Paraninfo se celebró un acto simpático y conmovedor. Se descubrió una lápida de mármol cuya inscripción reza así: **Los Antiguos y Actuales Alumnos de este Instituto a los Padres Jesuitas en el XXV Aniversario de su llegada al Seminario 1016-1941. Junto a la lápida lucía una hermosa ampliación del R. P. Evaristo Ipiñizar, regalo, asimismo, de los Antiguos y Actuales Alumnos al Seminario.**

Hizo uso de la palabra el Pbro. Dr. Crispulo Benitez Fonturvel, Venerable Párroco de la Catedral. En un tono amable y cordial, el P. Benitez desglosó la bellísima y conocida máxima bíblica; *Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum.* Asistió al acto una nutrida corona de Antiguos Alumnos, presididos por los Prelados y acompañados de los Actuales Alumnos.

#### Actos literarios.

Día 30 de Octubre a las 5 p. m.— Solemne distribución de premios y acto-homenaje de los actuales y antiguos alumnos a los profesores jesuitas del Seminario. Se realiza en el amplio salón improvisado en el patio cubierto del Seminario Menor. El escenario de damasco rojo ostenta en el fondo un cuadro del P. Ipiñizar, y una ampliación más peñueña del P. Miguel Montoya. El salón resulta agradabilísimo, algo frío al atardecer en estos días en que sopla un insano viento neblinoso de Catia. Entre el numeroso público sobresale la nutridísima representación del Clero secular y regular de Caracas. Preside el acto el Sr. Nuncio con los Monseñores Rincón, Castillo, Chacón y Adam. Reina un ambiente de cordialidad y el entusiasmo se torna por momentos más intenso y contagioso. Lo encienden particularmente los números extra-protocolarios que vamos a mencionar.

Abre el acto la Schola Cantorum con la interpretación del Tu es Petrus de M. Haller, homenaje al Sr. Nuncio de S. S.

Feliciano González, en nombre de los actuales alumnos dió lectura a un bello discurso de orden, compuesto por el Sr. Pedro Da Costa Gómez. Recordó el primer proyecto de traer los jesuitas al Colegio Seminario de Santa Rosa en 1705 bajo el pontificado del Ilmo. Diego de Baños y Sotomayor; hizo un rápido recuento de la llegada de los Padres en 1916 y sus primeras actividades en Caracas, y terminó resumiendo en concentrados párrafos la actual vida literaria, cultural y apostólica del Seminario Interdiocesano.

Acto seguido el P. Prefecto del Seminario, R. P. Leocadio Jiménez dió lectura a los premios correspondientes al curso 1940-41. Entre los condecorados debemos mencionar los siguientes nombres: los premios extraordinarios de conducta: Sres. Angel Colman, Carlos Angarita y Guillermo Sosa; y los premios extraordinarios de aprovechamiento: Sres. Pedro Da Costa Gómez, Omar Ramos y Antonio Pitol.

Inesperadamente, entre los aplausos de la concurrencia subió al estrado el Venerable Párroco de El Consejo, Pbro. Alfredo Osiglia, que recitó unas estrofas de brillante y épica entonación, tituladas: Los Jesuitas. Era el primer número inesperado de este conmovedor homenaje a los hijos de San Ignacio, cuya característica fundamental fué la espontaneidad.

Después de una magnífica interpretación del "Coral de Navidad", de Vicente Goiciechea" por la Schola Cantorum, subió al escenario el alumno Carlos Díaz Guillen que anunció iba a dar lectura al inspirado poema *Recolección*, que el Pbro. Luis E. Henríquez había compuesto para el acto. El P. Henríquez era hésped de honor esos días jubilares en el Seminario Interdiocesano y se hallaba modestamente perdido en medio de la concurrencia. Díaz Guillén supo darle a sus estrofas el sentido profundo, sincero y amable que tienen en el original. Es difícil imaginar una consagración más espontánea de un poeta, que la que se sucedió en el salón de actos. Sobre todo cuando el recitador llegó a las estrofas en que se evocaba con rasgos magistrales y realísimos a los PP. Ipiñizar, Arteaga, Ladrón de Guevara y Odriozola, aplausos cerrados, casi nerviosos, coronaban la descripción ayudando a la emoción creciente de la recitación, que se remansó en un tono conmovido y sereno en la oración final:

Oh Señor, que pintaste de rosa la alborada,  
enjoyaste de estrellas a la noche enlutada,  
qué donaste a los campos la gloria de la espiga  
y hasta suave esperanza de una flor en la ortiga;  
desde todos los rumbos llamó tu voz amiga,  
cual puñado de trigo nos condujo al molino  
para formar la harina de tu Cuerpo divino.  
Gratifica, Señor, tus molineros,  
los que cuidan el rubio grano de tus graneros.  
Señor, que tus cansancios, laboreo y fatiga  
haz que triunfe en sus brazos el oro de la espiga.

Todos conocíamos las dotes literarias de inspiradísimo vate del P. Henríquez; pero en esta ocasión su alma entera estaba volcada en las estrofas. Tal vez lo más conmovedor de ellas son los versos dedicados al P. Ladrón de Guevara. El poeta conserva hacia él una ternura filial y como enfermo evoca emocionado al padre de los enfermos. ¡Qué extraño que el público estallara en una tormenta de aplausos al escuchar los versos:

Yo sentí su cariño; mi ignara adolescencia  
Se arremansó tranquila a los pies de su ciencia.  
¡Padre de los enfermos, te saluda un enfermo. . !

El P. Henríquez fué reclamado por el público y hubo de salir al centro a recibir sus aplausos y las felicitaciones de los prelados que presidían el acto.

El P. Peñalver.

Cuando el R. P. Rafael Peñalver, apoyado en su bastón, subió las gradas del escenario, se renovó la tormenta de aplausos que había ovacionado al P. Henríquez. Era el segundo número extra-programa que íbamos a saborear.

El insigne orador, con frase atildada y correctísima, con gesto reposado y varonil, improvisó una bellísima oración. No podía callar en aquel acto-homenaje a la Compañía de Jesús, pues era él uno de los hombres que más satisfacción había sentido en su venida y más sinceramente había aplaudido su apostolado en Venezuela. El, que tuvo la dicha de ser el primer alumno venezolano de los Padres Jesuitas en la Universidad Gregoriana de Roma. Al recordar los días de la llegada de los Padres en 1916 evocó los nombres de dos Prelados, que intervinieron decisivamente en el hecho: Mons. Pietropaoli, Internuncio de S. S., y Mons. Buenaventura Núñez Vicario Capitular.

Inmediatamente desdobló un papelito y con acento conmovido dió lectura a unos disticos latinos, obsequio que había querido ofrecer a los Padres en sus Bodas de Plata profesoriales. Los Padres Jesuitas habían despertado en Roma, hace casi medio siglo, las predilecciones clásicas del insigne latinista.

Omne quinta hilari en narridet olympias acta  
Ex quo Jesu adiit littora nostra Cohors.  
Gratulor ex animo, Patres: affusa juvenus  
Agmine stat, vestros insequiturque gradus  
Magnum opus! ingentes decuit subiisse labores,  
Fortiter et mundi tela inimica pati.  
Diffugiunt nubes: coelum nova sidera lustrant;  
Patria plaudit ovans: gratulor ex animo.

Al Muy Ilustre Teologal caraqueño siguió en el uso de la palabra el Venerable Párroco de S. Juan, R. P. Alejandro Fernández Feo.

Comenzó advirtiéndole que no iba a pronunciar un discurso. Solo quería, en representación de los Antiguos Alumnos añadir algunos rasgos pittorescos y familiares, a lo expuesto por Feliciano González.

“Se ha hecho ya, añadió, el resumen de la que podríamos llamar externa de la Compañía de Jesús en el Seminario y de las múltiples labores apostólicas que los hijos del Gran Ignacio de Loyola han realizado en nuestra patria. Yo, señores, a nombre de los ex-alumnos suscribo también esa hermosa página de verdades y justicieras alabanzas, pero, para los ex-alumnos de este Instituto la historia que llamaríamos íntima de este cuarto de siglo, dice algo más. que fechas y datos biográficos; dice los mejores años de nuestra existencia vividos al abrigo de estos muros con sus horizontes cargados de esperanzas, la alegría de sus juegos, la santidad de sus plegarias en la mística quietud de su Capilla, los días de Ejercicios con su meditación profunda, tranquila y trascendente, el importuno tañir de la campana, la voz severa del Prefecto, la angustia crucial de los exámenes, el triunfo del certamen, el jadear de nuestros pechos después del reñido partido de football o de la penosa ascensión hacia la cumbre, la reflexión paternal, profunda y cariñosa del anciano Ipiñazar, el complicado jeroglífico del alfabeto griego bajo la tremenda severidad del Padre Arámburu, el cuento que pugna por salir de labios del Padre Arteaga, la alegre camaradería de las clases de Odriozola salpicada de frases lapidarias, la adusta severidad del profesor de dogma con la amenaza de que “ya nos veremos las caras en el exámen” que no cumplirá nunca porque tiene un corazón grande, noble y bueno, las visitas al hospital con el padre de los enfermos, el inolvidable Ladrón de Guevara; los catecismos de Pagüita y Monte Piedad con el Apostol de los obreros; la sopa de los pobres y el cordón de seda azul de la Congregación Mariana; y, a través de todo esto la formación recia, profunda y viril de nuestro espíritu para el futuro apostolado.

“Dos proficuas labores hay emperó, señores, sobre las cuales creo que no se ha hecho suficiente incapié: la labor de los Padres espirituales de este Seminario y la de los Reverendos Hermanos Coadjutores. En cuanto a la primera, la Compañía de Jesús ha dedicado lo más selecto de sus miembros para confiarles la misión de modelar el alma de los que más tarde han de dedicarse a la difícil misión del sacerdote en nuestra Patria. Allí, en la reserva sagrada de la celda del Director de Espiritu, se ha ido realizando día tras día en la difícil y urdimbre de la confidencia y el consejo, el proceso transformativo del frágil vaso de arcilla del novel alumno, en

vaso de elección del Apóstol de Cristo. Allí, en la intimidad de aquel corazón experto y paternal hemos recibido aliento en nuestras luchas, consuelo en nuestras tristezas, y se nos han recibido las normas oportunas y sabias para la defensa y el ataque en la complicada lucha que debe sostener el Ministro de Dios. Podemos decir con toda propiedad de estos hombres, que ellos han sido el alma y el aliento de toda nuestra formación. ¿Cómo evitar, señores, que se escapen de mis labios los nombres venerables de estos ilustres varones, verdaderos padres de nuestros espíritus: Arámburu, Diez Venero, Lizardi, Ipiñazar y Ladrón de Guevara? ¿Y cómo evitar que brote de mis labios el nombre de aquel santo que se llamó en vida el Padre Arteaga de quien podría decir como un poeta nuestro "que es el último en nombrarlo por ser el primero en mi cariño"? Creo poder afirmar sin temor a equivocarme, que nadie tuvo mayor influencia, ni nadie inspiró mayor confianza, ni prodigó solícitud más cariñosa en el corazón de los viejos alumnos de este plantel que este ejemplo religioso a quien podría aplicarse la frase del Apóstol: "Quis infirmorum et ego non infirmor....? Me traicionaría a mí mismo si no consagrara este recuerdo sincero y empapado de cariño a quien más he querido después de mis padres y que ha ejercido la influencia más decisiva en el rumbo de mi vida. Así como evoco en este momento la memoria del Maestro, cada uno de mis compañeros recuerda también la de aquel que supo darle fisonomía y carácter.

Al lado de esta labor de cultura, de espíritu y de letras conocida y elogiada frecuentemente, la Compañía ha realizado a través de los Hermanos Coadjutores, otra labor que, no por ser la más humilde debe ser por eso menos apreciada. Si se trata de dar lecciones de humildad, sacrificio, obediencia, abnegación y constancia a los que han de ser representantes de Quién no vino a ser servido sino a servir, nadie mejor que los Hermanos Coadjutores puedan sentar cátedra de enseñanza por el sacrificio continuo que hacen de sí mismos para hacer llevadera la vida al estudiante. De los que conocimos, unos han recibido ya el premio del siervo bueno y fiel: Reyes, Eceiza, y el infantil y cándido Hermano Pancho: otros continúan aún en la faena y algunos, como los Hermanos Larrarte y Goñi comparten el afecto y agradecimiento como el que se tributa al más santo y sabio de los Padres. ....

El breve discurso del P. Fernández Feo, pronunciado con acento de indudable sinceridad y cariño, fué interrumpido con frecuentes ovaciones, sobre todo cuando aludió, tan delicada como justicieramente, a la labor realizada en el Seminario por los Hermanos Coadjutores de la Compañía de Jesús. Era el tercer número extra-programa que escuchábamos y el ambiente del salón se prestaba a las conmociones y exaltaciones más irreprimibles.

El Coro hablado, en que intervinieron tres grupos de Seminaristas: menores, filósofos y teólogos en diálogo con Herman González, Jefe de Coro, exponiendo la vida alegre y hogareña del Seminario, su ambiente científico y la emoción de los seminaristas próximos al sacerdocio, desembocó en una evocación de San Ignacio de Loyola, fundador del Seminario Romano y del Seminario Germánico y precursor de los Seminarios Cociliares, decretados por los Padres de Trento. Cuando el Jefe de Coro aludió a los Profesores, que partieron al Señor: Ipiñazar, Arteaga, Ladrón de Guevara y Odriozola; y, sobre todo, cuando apostrofó directamente al P. Montoya, el público se incorporó a los coristas y las aclamaciones de la Masa resultaron electrizantes.

Todavía nos esperaba una sorpresa. Al terminar el Coro Hablado, Mons. Dr. Gregorio Adam subió al escenario. Era uno de los primeros alumnos de los Padres Jesuitas, que había recibido el Sacerdocio, y precisamente, el P. Montoya le había servido de Presbítero Asistente. Habló en nombre propio y en nombre de los Mons. Arias y Tenreiro, también Antiguos Alumnos y forzosamente ausentes, dirigiendo casi íntegramente su improvisación al recordado P. Montoya... Con delicada cortesía hizo también alusión a los méritos de Mons. Rincón González y Mons. N. E. Navarro en la actual prosperidad del Seminario y en la formación del clero venezolano.

Los aplausos que despedían a Mons. Adam, al descender del escenario, se confundieron ahora con los que acogían al P. Miguel Montoya. Comenzó por perdonar a

los oradores que habían derrochado elocuencia, digna de mejor objeto, en tributarle alabanzas; sobre todo las hipérboles, que el cariño había arrancado al Excmo. Sr. Obispo de Valencia. Evocó brevemente los primeros días de su llegada a Caracas y pasó a agradecer en nombre de la Compañía los homenajes que se le estaban tributando. Tuvo expresiones afectuosas para Mons. Rincón, en cuyo pontificado había surgido el edificio de la Sabana del Blanco y había apoyado a los Padres en todos los momentos de angustia. Se dirigió también a Mons. Navarro, a quien caracterizó con breves y vigorosos rasgos, y le agradeció aquel apoyo tan oportuno de los primeros días de actuación de los Padres en el Seminario, cuando el antiguo Rector se dignó colaborar con los hijos de San Ignacio, regentando la cátedra de Teología Moral.

El P. Montoya era un símbolo en el escenario del Seminario Interdiocesano. Por eso cada uno de sus párrafos quedaba suscrito por el delirante y contagioso entusiasmo del público, caldeado con tan bellas y espontáneas manifestaciones de cariño fraternal y filial, que se habían escuchado aquella memorable tarde. Se habían pasado, sin sentirlo, dos horas y media, en medio del ambiente más cordial y eufórico. Se cerró el acto entre los acordes del Himno Nacional, armonizado por el Mtro. V. Sojo.

**Día 31 de Octubre.**

Nos vemos precisados a abreviar esta crónica por exigencias del espacio de que disponemos en la Revista.

A las 7 a. m. Mons. Rincón celebró la Misa y cantó el Solemne responso por el alma de los Antiguos Profesores y Alumnos difuntos.

A primera hora de la tarde en el magnífico nuevo Stadium, construido en la parte Sur de la huerta, Antiguos y Actuales Alumnos jugaron un partido de Base Ball, que una amable combinación de cortesía y habilidad inclinó a favor de los Antiguos.

A las 8 p. m. representación de "La Vida es sueño" de Calderón de la Barca. Como en la escena habían de intervenir numerosos elementos de la Schola Cantorum se interpretaron, al comenzar el acto: *Fonte Frida* (madrigal, a cuatro voces), de Orlando di Lasso y las *Tonadas Venezolanas* del Maestro Alejandro Valdés. Profesor de Música Sacra en el Seminario Interdiocesano. Esta última pieza se había compuesto expresamente para el XXV Aniversario. Este detalle y su mérito excepcional hicieron que el P. Salcedo expusiera técnicamente su desarrollo y diera su interpretación.

Antes de iniciarse la representación del drama, el alumno Díaz Guillén explicó al público las razones que le hacían especialmente adaptado a la solemne conmemoración que se estaba celebrando.

Díaz Guillén desarrolló inmediatamente la historia literaria de *La Vida es sueño*, expuso brevemente su grandioso argumento e insinuó las diversas interpretaciones filosóficas que se le han dado.

Esta introducción preparó admirablemente los ánimos para la representación de la obra cumbre del teatro español. No nos toca a nosotros dar el juicio sobre su interpretación por los actores del Seminario. Un selectísimo público de ochocientas personas lo escuchó con visible entusiasmo y admiración, han llegado felicitaciones hasta por su interpretación radiada y se ha pedido su repetición en la ciudad en beneficio del Seminario. Los alumnos Materán, Albornoz, J. González, H. González y Patete hicieron admirables interpretaciones de Segismundo, Basilio, Clotaldo, Astolfo y Clarín. Ayudó al ruidoso éxito la excelente disposición del escenario, los juegos de luces y el maquillaje y vestuario perfectos.

Así se cerraron con un acto literario de exquisito gusto las conmemoraciones jubilares del Seminario, mientras se recibían centenares de telegramas de Antiguos Alumnos, regados en toda la República, con las manifestaciones de la más efusiva y cordial afección para los Profesores del Seminario Interdiocesano.

**M. Aguirre Elorriaga S. J.**